

**FERNANDO SIGNORINI
LUCIANO WERNICKE
FERNANDO MOLINA**

DIEGO

DESDE ADENTRO

CÓMO EL MEJOR FUTBOLISTA DEL MUNDO
SE CONVIRTÓ EN EL MEJOR DE LA HISTORIA

 Planeta

ADIOS, MUCHACHO

La puñalada fue atroz, maldad insolente. El crac, que se escuchó en la cancha y algunos juran que hasta en las tribunas, sonó como una coda. La última nota del tango más triste de todos los tangos. *Chan-chán. Un frío cruel te destrozó, te robó toda ilusión, te lanzó hacia un hondo bajo fondo, con una herida absurda.* Lo subieron a una camilla y lo cubrieron con una manta, corriéndole un telón al corazón. Barcelona ganaba dos a cero al campeón, Athletic Club, pero en las gradas el viento levantaba un extraño lamento. Tristeza. Sin Diego, la noche se volvió un pozo de sombras. Bajo una luz mortecina, Barça marcaría dos goles más, si bien la función ya había terminado.

Notas agoreras dijeron que no jugaría más. ¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razón!, gritó él, mezcla de rabia, de dolor, de fe, de ausencia. Al *Pelusa* de Villa Fiorito, criado con yerba de ayer secándose al sol, le sobraba coraje para continuar por el camino de los sueños. *Aunque te quiebre la vida.* Juró que esas promesas vanas escaparían con el viento. Como esas cosas que nunca se alcanzan.

Los hombres valientes juegan la vida por un querer, y Diego se la jugó. Empecinado, como las mil veces que había cruzado Puente Alsina por las noches de Pompeya.

DIEGO, DESDE ADENTRO

Primero hay que saber sufrir. Se arrastró entre espinas, ciego en su penar. Con esperanza humilde, que era toda la fortuna de su corazón.

Y llegó el regreso. Siempre se vuelve al primer amor. Bajo el burlón mirar de algunas estrellas y la indiferencia de otros, retornó. Vestido de fiesta, con su mejor color, *dentro del pecho pide rienda el corazón*. Borró la tristeza y calmó la amargura a fuerza de goles, en gran estilo y con precisión. Muchísimos hermosos, otros no tanto. *El que no roba es un gil*. Cantó victoria y llegó la consagración. El sueño del pibe, gritan los nenes de la popular.

Llenó hasta el borde la copa de champán, en mil y una noches de farra y de alegría. Tuya es tu vida, tuyo tu querer. Después, desencuentro. *La araña que salvaste te picó*. Todo el carnaval, gritando, pisoteó la mano fraternal que Dios le dio. Le hundieron con rencor todo el arpón. El cuerpo enfermo no resistió más. *Qué ganas de llorar en esta tarde gris*.

Diego, es un soplo la vida. Quisiste con ternura, te jugaste entero, ¿qué le vas a hacer? Tarde o temprano se detiene el andar. AD10s, muchacho. Para ti, ya no habrá más penas... ¡ni olvido!

LUCIANO WERNICKE
Buenos Aires, julio de 2021

CAPÍTULO 1

CONFESIONES DE INVIERNO

Lo recuerdo como si fuera hoy. Sé que parece increíble, pero les aseguro que ese momento quedó grabado a fuego aquel crudo invierno de 1972. En Lincoln, mi ciudad natal, no había mucho para hacer un domingo. Ni siquiera se podía ver televisión, porque todavía no se había instalado una antena transmisora que acercara los canales capitalinos hasta esa localidad, situada a unos 300 kilómetros al oeste de Buenos Aires, ni existían aún las señales de cable. Luego de la siesta ineludible, podría definirla mejor como obligatoria, los que amábamos el fútbol teníamos un único medio para conectarnos con el campeonato de primera división, que por entonces se llamaba Metropolitano: la radio. La pelota entraba a mi cabeza por las orejas, impulsada por las voces que emitía el aparato a transistores. Provisto sólo de las palabras que elegía el narrador, yo intentaba imaginar los goles, las atajadas, la magia. Unos días más tarde, compraba la legendaria revista *El Gráfico* y, a través de sus hermosas fotografías, descubría si las jugadas que había proyectado en mi mente se aproximaban, aunque fuera de manera vaga, a lo que realmente había sucedido en los inalcanzables estadios de Buenos Aires, Avellaneda o Rosario. Pero lo que me llamó la atención ese frío día

DIEGO, DESDE ADENTRO

de junio no fue la descripción de un tanto, ni de una acción determinada, sino un nombre. Yo había sintonizado radio Rivadavia para escuchar el relato del partido entre Argentinos Juniors y el puntero del torneo, San Lorenzo. Terminado el primer tiempo, el conductor del programa, José María Muñoz, dio paso a los distintos cronistas que debían informar lo que había acontecido en otros coliseos. En esa época, todos los partidos de la fecha se cumplían de manera simultánea. Sin embargo, a los dos o tres minutos, interrumpió a los corresponsales, fascinado por lo que sucedía en el círculo central de la cancha del Bicho de la Paternal: un nene de once años deslumbraba a los hinchas haciendo malabarismos con una pelota.

–Zavatarelli, ¿quién es ese chico que hace esas maravillas? –quiso saber Muñoz.

–Es un pibe de las divisiones inferiores de Argentinos Juniors, José María –le respondió su compañero de transmisión, situado junto a la línea de cal.

–¿Cómo se llama? –indagó el relator.

–Diego Armando Maradona.

«Diego Armando Maradona», repetí yo en la sala de mi casa de Lincoln, quizá para esculpir en mi azotea esas palabras que me habían parecido atractivas. Mientras a Muñoz lo había hechizado el talento del chico, a mí me había llamado la atención la sonoridad de su nombre.

Años después, recibido de Profesor de Educación Física en la escuela Nuestra Señora de Lincoln y trabajando como preparador del primer equipo del club Rivadavia de la misma ciudad, volví a escuchar ese trío de pala-

bras que combinaban de manera armónica, tantas veces que terminé familiarizándome con él. Como debe haberle ocurrido a millones, sospecho. Primero, como la nueva esperanza de Argentinos Juniors, aunque ya en el equipo profesional. Luego, como líder de la selección juvenil que ganó el Mundial sub-20 de Japón en 1979, conducida por César Menotti, y finalmente como estrella del Boca campeón de 1981, ya por televisión, porque por fin a un funcionario municipal se le había ocurrido colocar una antena que alimentara el ocio de los linqueños. Gracias a las imágenes de la tele, logré ponerle cara al nombre musical, y asimismo descubrir que Muñoz se había quedado corto con sus elogios. El muchacho no sólo dominaba la pelota a placer, como dicen los españoles, sino que era un experto en el arte del engaño. Un tipo de una astucia sobresaliente, de una picardía exquisita que ya no se ve en las canchas, o por lo menos yo no he vuelto a ver. Ya nadie engaña a nadie.

En diciembre de 1982, pasados el Mundial de España y la nefasta *guerra de Malvinas*, me pude dar el gusto de ver en una cancha esa maraña de rulos con pies prodigiosos que tanto me había extasiado a la distancia por medio de un tubo de vidrio. Fue en el Camp Nou, en una fría noche catalana. Diego consiguió el único gol del equipo *blaugrana* con un toque prodigioso que burló al gran portero vasco Luis Miguel Arconada, defensor del arco de la Real Sociedad y la escuadra nacional española. Un toque muy parecido, casi calcado, al que el mismo Diego dibujaría cuatro años más tarde ante el belga Jean-

DIEGO, DESDE ADENTRO

Marie Pfaff, en el Mundial de México, para anotar el uno a cero albiceleste.

Poco después de ese primer contacto visual, lejano y desde luego unidireccional, el destino, que a veces obra con crueldad pero conmigo estuvo desmedidamente generoso, cruzó mi camino con el de ese pibe al que todos en España llamaban *Pelusa*, a partir de un encuentro fortuito y una desgracia que, debo admitir, resultó con suerte. A partir de allí, avanzamos juntos durante unos catorce años. Volamos dentro de veloces Ferrari por seguras autopistas y anduvimos a los tropezones por senderos pedregosos y peligrosos. Piloteamos lanchas de carrera y remamos en dulce de leche. Ganamos y perdimos. Hoy, mirando desde la distancia que conceden el tiempo y la experiencia, y al cabo de tantos viajes, tantos campeonatos, tantas anécdotas, siento que esos catorce años fueron 140.

Es muy difícil contar de manera cronológica la historia de uno de los tipos más famosos del mundo. Millones lo han visto jugar, lo han escuchado hablar, han leído sobre él, han observado uno o varios de los documentales que se han producido sobre su sorprendente existencia. Pero todos han visto a Maradona, leído sobre Maradona, escuchado a Maradona, observado documentales sobre Maradona. Yo les voy a hablar de Diego, del pibe que se entrenaba con ambición, del ser humano que aparecía cuando se apagaban las cámaras y los flashes, del chico forjado en un barrio muy pobre como Villa Fiorito que viajó a la cima del Everest sin ropa de abrigo ni ayuda de

los *sherpas*. Maradona... Maradona fue otra persona, con la que Diego sólo compartió el apellido.

Cuando Napoli ganó el primer *scudetto* de su historia, en 1987, un hincha pintó una frase soberbia sobre uno de los muros del cementerio de Poggioreale, el principal de la ciudad: «No saben lo que se han perdido». Yo no. Lo he vivido y voy a contarlo para que otros no se lo pierdan.

Este libro está escrito desde el afecto, aunque con el rigor del verdadero amigo: aquel que acompaña y apoya en las buenas y en las malas. El que dice «sí», pero también dice «no».

CAPÍTULO 2

¿QUÉ VA A SER DE TI?

La vida es ensayo y error, arriesgar, caerse y levantarse. Se aprende a partir de las experiencias. El sabio catalán Joan Manuel Serrat sentenció hace unos años que «no hay manual: el mundo de las sensaciones y las relaciones está lleno de imprevistos». Y Diego los tuvo, pucha que sí. Su paso por Barcelona estuvo plagado de inesperados contratiempos. A principios de diciembre de 1982, la alegría por haber derrotado a Real Madrid en el estadio Santiago Bernabéu –con dos «pases-gol» suyos para Esteban Vigo Benítez y Enrique *Quini* Castro González– y arañar la punta de la tabla de posiciones, se disipó en apenas una semana sobre el césped del Camp Nou, cuando un feroz defensor de la Real Sociedad, Alberto Górriz Echarte, le metió a Diego una brutal patada desde atrás. La entrada del implacable zaguero donostiarra –oscuro presagio de lo que ocurriría nueve meses más tarde, en el mismo escenario y con otro verdugo vasco– le provocó a Diego un esguince en el tobillo derecho con rotura parcial de ligamentos, que le impidió jugar por un par de semanas en el equipo que dirigía el áspero entrenador alemán Udo Lattek. Pero, cuando la lesión comenzaba a aflojar, sobre llovido, mojado: un análisis determinó que Diego había contraído hepatitis. «¡Hepatitis! Maradona,

DIEGO, DESDE ADENTRO

baja indefinida», tituló con tipografía «catástrofe» el periódico catalán *El Mundo Deportivo* el 17 de diciembre. ¡Lindo regalo de Navidad para los hinchas culés, que le habían pedido a Papá Noel que Diego regresara pronto a las canchas! El club *blaugrana* emitió un escueto y vago comunicado que planteó más dudas que certezas: «Diego Armando Maradona se halla afectado de una hepatitis de posible origen vírico, por lo que ha sido dado de baja teniendo que guardar reposo absoluto durante un período no determinado». Lo cierto fue que Diego se perdió trece partidos de una Liga que, durante su ausencia, se decantó hacia un desenlace «cabeza a cabeza» entre Athletic Club de Bilbao y Real Madrid. Una carrera que el conjunto vasco ganó por una nariz.

Diego volvió al equipo el mismo día que Barcelona estrenó a su nuevo entrenador, César Luis Menotti, tras la salida de Lattek. El *Diez* y el *Flaco* eran viejos conocidos: juntos habían sido campeones en el Mundial Juvenil Sub-20 de Japón 1979 y habían competido en la Copa de España 1982. Nobleza obliga, César también le había provocado a Diego una de las mayores desazones de su vida. Sucedió antes del Mundial de Argentina 1978: Menotti había convocado a 25 jugadores para realizar una extensa pretemporada de casi dos meses en una quinta llamada «Dulce refugio», situada en la localidad de José C. Paz, a unos 40 kilómetros de Buenos Aires. Doce días antes del inicio del torneo, Menotti reunió al plantel en el centro de la cancha de entrenamiento para anunciar los nombres de los tres futbolistas que quedarían fuera de la nómina:

Humberto Bravo, Víctor Bottaniz y Diego Maradona, quien en ese momento tenía 17 años. Cuatro décadas después de la espinosa determinación, el ex entrenador reconoció: «En un momento, hay que decidir. Yo dejé afuera a Diego en el '78. Si me preguntaran ahora si me equivoqué, diría que es probable, es probable. Es muy difícil esto», aunque destacó que el hecho quedó oculto detrás de los goles de Mario Kempes y el título de campeón.

De la mano de Menotti, *Pelusa* encontró consuelo deportivo en la final de la Copa del Rey, disputada en el estadio *La Romareda* de Zaragoza el 4 de junio de 1983: FC Barcelona venció a Real Madrid por dos a uno, con un golazo de palomita de Marcos Alonso Peña en el último minuto del duelo. Recuerdo la fecha porque justo ese día se cumplía un mes de mi llegada a España, más precisamente a la capital de Cataluña, junto a mi esposa Carmen.

Después de trabajar una década como preparador físico del equipo Rivadavia de Lincoln, la ciudad de la provincia de Buenos Aires donde nací el 7 de diciembre de 1950, decidí abandonar la empresa de mi familia –una procesadora de subproductos ganaderos derivados de la grasa, conocida como «La Jabonería»– y cruzar el océano Atlántico para tener una experiencia en el fútbol europeo. Lo único que le pedí a mi madre fue que me pagaran el billete de avión a España para mí y para Carmen, sólo de ida. Viajamos con apenas 1.100 dólares en los bolsillos: 800 que habíamos ahorrado y 300 que me regalaron tres amigos, temerosos de que el hambre me venciera en un

DIEGO, DESDE ADENTRO

par de semanas. Mi mujer, quien también estaba vinculada al deporte a través del tenis, como jugadora y profesora, me acompañó incondicionalmente. Empezamos por Barcelona porque allí estaba trabajando el técnico que más me había convencido, no sólo por su sistema de juego, sino por la valoración ética que tenía del hecho futbolístico: César Luis Menotti. El entrenador campeón del mundo me había hipnotizado con dos de sus sentencias: Una, que «si bien ganar es importante, porque se compite para eso, mucho más importante son los medios que se usan para llegar a un fin»; dos, que «el fútbol debe servir como una magnífica excusa para ser feliz». Yo había previsto estar un tiempo en Barcelona para ver cómo se desarrollaba el método de César, y después ir a Italia y Alemania, países que en ese momento tenían ligas muy competitivas y excelentes equipos.

Junio no es el mejor mes del año para estar parado bajo el sol matinal al borde del Mediterráneo. Mucho menos frente al principal portón de acceso al interior del Camp Nou, que no tenía un mísero arbolito donde refugiarse de los despiadados rayos que hacían crujir la tierra catalana. Todos los días, personas de todo el mundo, aunque mayoritariamente locales, se agolpaban frente a las rejas para ver llegar a sus ídolos en sus automóviles, y también tratar de cruzar esa puerta hacia el Edén verde donde se entrenaba el equipo. Lo sé porque yo mismo me presenté allí, durante varias jornadas, para preguntarles a los guardias si podían hacerme el favor de avisarle a alguno de los colaboradores de Menotti que un preparador físico recién

llegado desde Argentina deseaba observar alguna de las sesiones de preparación, sediento de conocimiento. Cada mañana, los tipos escuchaban mi súplica, asentían con la cabeza sin modificar sus semblantes severos, ni mover un dedo para satisfacer mi pedido. Cada tarde, regresaba al austero albergue donde nos habíamos instalado con Carmen, en el Carrer d'Amílcar, alimentado sólo con frustración. Sin embargo, decidí no rendirme y regresar cotidianamente hasta que un milagro me allanara el camino al paraíso. Milagro que se concretó por obra de mi perseverancia... y también de la casualidad. Una mañana, aplastado contra las rejas por la muchedumbre que pugnaba por atravesar el portón, noté que un joven salido de las entrañas del estadio había cruzado el playón de estacionamiento para preguntarles algo a los guardias que protegían celosamente el acceso desde el exterior. El muchacho, que les habló en español con un acento foráneo, mi propio acento, recibió una breve respuesta del jefe de los cancerberos, un grandote parco llamado Benito, tras lo cual dio media vuelta para regresar hacia la puerta de acceso a los vestuarios. Iluminado por lo que creí una oportunidad única, le pegué un grito a Benito, quien me miró y, tal vez apiadado por cotidiana condición de víctima de Febo, quizá harto de verme cada mañana por ahí, llamó al muchacho, que después supe que se trataba de un amigo de Diego, José Luis Menéndez.

—¡Oye, tú! Aquí hay un paisano tuyo que quiere ver a Menotti.

Menéndez giró, me miró y me hizo una seña para que

DIEGO, DESDE ADENTRO

pasara, mientras Benito me franqueaba el acceso y mis ex compañeros de reja me regalaban tiernos epítetos: «¡Venga, cabrón! ¿Por qué el sudaca sí y nosotros no? ¿Es que tiene coronita, joder?».

—Vení, flaquito —me invitó Menéndez—, vení que César está acá nomás.

Llegamos a un ingreso señalizado con un cartel que anunciaba la senda hacia los vestidores y empezamos a bajar por una escalera de caracol. Al cabo de algunos escalones, escuché el inconfundible vozarrón de Menotti, quien evaluaba temas de trabajo con su ayudante de campo, Rogelio Poncini. Menéndez me presentó y yo le expliqué a César qué pretendía.

—No hay problema. Dejales tu nombre a los guardias de la entrada y cuando salgo, autorizo tu ingreso para mañana. Vamos a entrenar por la tarde.

Le agradecí y regresé al albergue, ansioso por retornar al estadio la tarde siguiente para presenciar, por fin, un entrenamiento del FC Barcelona... y ávido por contarle a Carmen lo que me había sucedido. Ella también llegó a nuestro hospedaje con buenas noticias: después de varios días de búsqueda, finalmente había conseguido trabajo como profesora en la escuela del Club Tennis de la Salut, que dirigía el famoso tenista español Manuel Orantes.

A la mañana siguiente, me dirigí hacia el Camp Nou con una expectativa muy diferente. Al llegar al portón contra el que tantos días había padecido el calor del verano y el frío de la incertidumbre, Benito me recibió con un «buenos días, señor Signorini, adelante» y una mueca

que, podría jurarlo, se parecía mucho a un guiño. Traspasé la reja otra vez bañado en puteadas de los muchísimos desdichados que habían quedado al otro lado, y me dirigí hacia mi Meca de cemento. El impacto fue tremendo. El viaje sin escalas de una canchita rural a uno de los escenarios más gigantescos e importantes del mundo resultó tan potente como conmovedor. Dos situaciones quedaron cinceladas en el mármol de mi memoria: una, la recorrida por las profundidades de tan magnífico teatro, repletas de fotografías de tamaño real de las estrellas del momento y del pasado y vitrinas atiborradas de copas, camisetas, botines y otras ofrendas futbolísticas; la segunda, adentrarme en un mar de butacas que rodeaba una isla verde sobre la que César y sus jugadores, entre ellos el mejor futbolista del planeta, se movían al ritmo de la pelota. Me sentí sumamente afortunado de poder disfrutar de un momento único gracias a la generosidad de Menotti quien, sin conocerme, me había facilitado el camino hacia un destino que allá, en Argentina, había parecido poco menos que inalcanzable.

El privilegio de poder presenciar el entrenamiento me demostró que un equipo superprofesional se preparaba con un método bastante parecido al que nosotros utilizábamos en Rivadavia de Lincoln, por supuesto que con otro decorado y jugadores mucho más distinguidos. Menotti privilegiaba que la mayoría de los esfuerzos se realizaran con pelota, en pos de ejecutar movimientos imitativos del juego.

Pasados unos diez o doce entrenamientos, un día

DIEGO, DESDE ADENTRO

llegué más temprano que de costumbre. El calor era tan intenso que debí buscar un techo protector que me resguardara del sol del mediodía en ese enorme estacionamiento vacío hasta la llegada de Menotti y sus jugadores, que iban a entrenarse para el último partido de la temporada: la segunda final de la Copa de la Liga española. Recuerdo la fecha: 28 de junio de 1983. Dos días antes, el 26, Real Madrid y FC Barcelona habían igualado 2-2 en el estadio Santiago Bernabéu, y uno después, el 29, debían definir el título a pocos metros de donde yo me encontraba parado. Pero no la retuve por esa seguidilla de clásicos, sino porque esa tardecita hablé por primera vez con el mejor jugador de fútbol que he visto: Diego Maradona. Yo estaba repasando mis notas cuando un Volkswagen Golf rojo apagó el silencio que envolvía el coliseo desnudo de gente. Era Diego, quien había llegado precedido por el rugido de su coche «tocado» para *pistear* y presumir. Él descendió con un brinco y en dos zancadas llegó hasta la misma puerta que yo, un par de semanas antes, había cruzado con la ayuda de José Luis Menéndez para conocer a Menotti. Diego giró el pica-
porte y tiró, pero el acceso se mantuvo cerrado a cal y canto. Insistió tres o cuatro veces más, de un modo frenético, hasta que se rindió frente a la inmóvil y atrancada mole metálica.

—¿Viste, Diego? —intervine yo, sin despegarme de la pared que me refugiaba del sol—. Después dicen que «al que madruga, Dios lo ayuda».

Él giró y me miró a los ojos. El fastidio se había vuelto

curiosidad. Sus dientes habían largado el labio inferior y la boca se había distendido en una sonrisa amistosa.

—Claro —continué antes de que él emitiera palabra—, una vez que llegás primero, la puerta está cerrada...

Dio unos pasos hacia mí. La sonrisa se amplió y me mostró unos dientes brillantes que ya no querían morder.

—¿Podés creer que sea tan verde yo? —preguntó con la candidez de lo que él era: un chico de 22 años. Un pibe muy inteligente, y observador. Me lo demostró al toque, pegando en frío.

—¿Así que sos *profe*, vos?

Me descolocó. ¿Cómo lo sabía? Sospeché que me habría visto conversando con César antes o después de alguna práctica, o tal vez sentado solito en la platea, lo que seguramente debió haber aguijoneado su curiosidad hasta el punto de preguntarle a Menotti quién era ese loco que estaba apoltronado y solo en la platea.

Apenas balbuceé un «sí» tímido, Diego me mandó a la lona con una propuesta demoledora:

—Yo mañana juego la final contra Real Madrid y al otro día, a la noche, me voy a Argentina. Vuelvo a los doce días para la pretemporada en Andorra. Cuando regrese, quiero invitarte a un asado en mi casa. Con Jorge (Cyterszpiller, su representante) estamos pensando en abrir una escuela de fútbol en Barcelona y vamos a necesitar preparadores.

Quedé mareado. Un tipo con el que nunca antes había conversado, al que apenas visto de lejos un puñado de veces mientras se entrenaba, que además era el mejor futbolista del mundo, me estaba ofreciendo ir a comer